

El primer peronismo: sobre los desencuentros del psicoanálisis con la investigación histórica

The First Peronism: on the missed encounters between the psychoanalysis and the historical research

Omar Acha*

Resumen

La difícil relación de las ciencias sociales con el psicoanálisis encuentra una de sus razones en el conservatismo de las barreras disciplinares. Para intentar una discusión se aborda las perspectivas psicoanalíticas activables en la indagación histórico-social del primer peronismo. La noción de “imago” es discutida en sus extensiones al terreno historiográfico de los procesos de subjetivación durante la primera década peronista. Son planteadas las divergencias entre Freud y Lacan al respecto.

Palabras Clave: Psicoanálisis - Ciencias Sociales - Historia - Peronismo

Abstract

The conservative character of disciplinary walls is an obstacle to the relationship between social sciences and psychoanalysis. To open a debate on this topic, Peronism is regarded from psychoanalytically informed socio-historical perspective. The notion of “imago” is discussed in order to propose a historiographical account of subjectivation in the first peronist decade. Freud and Lacan divergences are underlined.

Key Words: Psychoanalysis - Social Sciences - History - Peronism

* Docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es doctor en Historia por la UBA y la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Investigador del Conicet. omaracha@gmail.com



El peronismo como cuestión

Pocos temas de la investigación social en la Argentina parecen solicitar la iluminación (o cierto velamiento) del psicoanálisis como el peronismo. Por esa misma razón, despierta los usuales recelos hacia un empleo “arbitrario”. El carácter colectivo a la vez que individual de las identificaciones y antagonismos suscitados por el peronismo, agregado al tono transgeneracional de su significado político, parece llamar al saber freudiano para dar cuenta de sus rasgos duraderos. Esto no significa que sean irrelevantes otras perspectivas. De hecho, sin una historia social y política de la Argentina, la problemática de las actitudes ideológicas posterior a 1943 pierde toda capacidad comprensiva. Basta pensar en las afinidades del peronismo con otras realidades “populistas” latinoamericanas posteriores a 1930, como el cardenismo mexicano o el varguismo brasileño, para reposicionar toda pretensión de una originalidad radical del peronismo y ubicarlo en el marco de una reorganización de las sociedades luego de la crisis del crecimiento basado en la exportación de producción primaria profundizado desde *circa* 1860. Los movimientos demográficos, el crecimiento urbano, el empuje hacia una sustitución de importaciones, son procesos derivados de aquel cambio socioeconómico mayor.

No obstante, si se trata de explicar otras dimensiones de la construcción de dinámicas de identificación popular en el peronismo, la historia social tradicional encuentra límites evidentes. Por ejemplo, si analizamos la aproximación hasta hoy más convincente, la de Daniel James en *Resistencia e integración*, es clara la asimetría de la reconstrucción ofrecida. James provee una rica descripción de las complejas lógicas de interconexión entre nacionalización, clase social y cultura popular, una vez que el peronismo se constituye en el espinazo político-cultural de la clase obrera argentina. Para explicar esa novedad, el autor apela a los antecedentes de la cultura popular, entre las que encuentra un importante antecedente en el tango. Todavía hoy esa línea explicativa parece ofrecer un marco fundamental para los análisis de la “historia cultural del peronismo”. Lo interesante del enfoque es que excede la hipótesis racional que asumió la crítica de la interpretación germaniana, por ejemplo, en los conocidos estudios de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, Juan Carlos Torre, Hugo del Campo, entre otros.¹ El límite es que supone a la constitución de las subjetividades peronistas como una “caja negra”. Por un lado hallamos los datos de ingreso (*input*): necesidades económico-sociales, ausencia de reconocimiento, disgregación como clase, melodramatismo de los productos de la industria cultural, discursos de la reparación social, de la justicia

social y del nacionalismo. Por otro lado encontramos el resultado (*output*): organización nacional del movimiento obrero, reivindicación del pueblo como el sujeto nacional, crítica de la oligarquía, redistribución del ingreso, apoyo incondicional a Perón y Evita. ¿Cómo cristalizó esa derivación? ¿Qué procesos instituyeron tal o cuál modulación de las identificaciones populares? La historiografía atina a indicar que una “estructura del sentimiento” consolidada entre las décadas de 1920 y principios de 1940 abre los cauces para la apelación discursiva y material de Perón, dando paso, a través de la movilización callejera y la victoria electoral de 1946, al perdurable lazo entre clase trabajadora y peronismo. Una vez planteada esa conexión, el trabajo restante consiste en distinguir las diferentes maneras en entender el peronismo en el propio seno de la clase obrera, las contradicciones impuestas por las restricciones económicas desde 1949 y la acción de la oposición.

El interés de la convocatoria conceptual del psicoanálisis consiste en intentar arrojar alguna luz sobre esa “caja negra” entre experiencias e identificaciones. Es decir, sólo se justifica el empleo de su manera de conocer si permite esclarecer cuestiones de otro modo impenetrables. Una de tales cuestiones pertenece al sentido común: el discurso peronista es esencialista al sostener que “uno no se *hace* peronista, peronista se *nace*”. Esta afirmación retiene la atención porque es la inversión del *dictum* de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*: “on ne naît pas femme, on le devient” (“no se nace mujer, se deviene tal”). A pesar de la resistencia de de Beauvoir al psicoanálisis, su frase conjuraba eficazmente la naturalización de la “feminidad”. La “mujer” debía ser entendida históricamente a partir de una determinación fundamental irreducible al dato biológico. La frase peronista delata la determinación inconsciente de su modo de identificación como fundamento de su pretensión de identidad, lo cual, en rigor, no la diferencia de las otras construcciones identificatorias también inconscientes.

La investigación psicoanalítica de la construcción de la identidad peronista aparece propiciada por los componentes eróticos, éstos parcialmente conscientes al menos en su presencia en las fuentes documentales, de la sujeción de los sectores populares a las figuras de Juan y Eva Perón, y a través de sus referencias corporales, a un conjunto muy amplio de situaciones materiales a la vez que culturales, que podemos llamar un *mundo peronista*, o lo que es lo mismo, el atravesamiento de lo que entendemos como sociedad argentina por las identificaciones peronistas o antiperonistas (el antiperonismo retiene esa fuerza identificatoria, aunque invierte el sentido de la carga emocional).

Una última aclaración: esta discusión está sostenida en una experiencia de investigación derivada de una trayectoria personal, pues no existe un campo de estudios sobre el territorio del psicoanálisis y las ciencias sociales, y menos aún en el terreno específicamente historiográfico. Sólo espero que la elección del tema y las peculiaridades de un recorrido individual puedan ser utilizadas como in-

¹ James, Daniel *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo Veintiuno, 1971; Del Campo, Hugo *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, CLACSO, 1983; Torre, Juan Carlos *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Sudamericana-Instituto Di Tella, 1990.



gredientes de una discusión por venir, es decir, que revelen algo más que el ánimo subjetivo de un investigador concreto.

Dos palabras sobre psicoanálisis, transferencia y extensión

Antes de continuar la discusión sobre peronismo y psicoanálisis es imprescindible despejar algunos posibles obstáculos sobre el concepto de psicoanálisis aquí empleado. No voy a abundar en una exposición de las matrices del saber psicoanalítico que he tratado en otros lugares.² Quisiera limitar una discusión posible a la explicación de ciertos términos epistémicos ineludibles, incluso en una presentación somera del vínculo entre psicoanálisis y ciencias sociales. La primera cuestión es la historización del saber freudiano, que no constituye una teoría universal. El psicoanálisis pertenece a un período específico de la historia, que es la modernidad capitalista occidental (y América Latina es una formación periférica de esa modernidad). Es la imposición de la lógica de la mercancía como matriz de las relaciones sociales la que crea la subjetividad individual y, por ende, la crisis que atraviesa a todas las identificaciones colectivas. Esto, inexistente como molde general en las sociedades precapitalistas, es lo universal en las sociedades capitalistas: el individuo, relacionado con los otros individuos y clases a través de la dinámica del valor económico, es objetivo como proveedor potencial de fuerza de trabajo, y subjetivo porque el carácter de mercancía lo enfrenta a otras mercancías o propietarios de mercancías como “otros”, constituyéndose entonces como un “yo”. El psicoanálisis no puede ser pensado sin estas condiciones históricas. En segundo lugar, la importancia de la sexualidad y el afecto que interesa a la noción psicoanalítica de inconsciente se deriva del condicionamiento histórico-social. La “sexualidad” como ámbito específico de la vida cotidiana, y la “emoción” como atributo del individuo y de los grupos, son también reconocibles como tales en la era moderna. La triangulación edípica que opone al deseo total (por la madre) la amenaza de castración paterna, tiene una historia más extensa, por la coextensividad con la dominación masculina y el falocentrismo. No obstante, el análisis freudiano permanece estrechamente ligado a la familia

nuclear. Es en este punto donde es útil convocar a la renovación lacaniana, cuya vertebración estructural posibilita una mayor libertad respecto de una configuración familiar normalizada tras la transición demográfica. En efecto, Lacan reconstruye el psicoanálisis bajo la hipótesis de una crisis constitutiva: de allí que su aporte a la historia del saber freudiano consiste en haber presentado claramente la pregunta “¿qué es un padre?”.

Pues bien, si la familia introduce al individuo en una trama social, y lo instituye como sujeto en un más allá de su yo, es porque desde el principio vehiculiza e imprime un saber de índole relacional. La imposibilidad de una solución armoniosa del tránsito del sujeto por el desfiladero de su deseo sexual desnaturaliza la noción de sexualidad y la inscribe en la articulación de la cultura y de lo social. Incluso la dimensión económica es esencial. No sólo en el territorio de la clínica, donde la transferencia se conecta con la circulación de la mercancía equivalente general, el dinero, sino también en la determinación que las posiciones objetivas suponen para la lógica de lo inconsciente. Sólo que estas derivas son, en lo esencial, inconscientes, es decir, se le presentan al sujeto como “naturaleza” (y debemos dejar de lado el prejuicio moderno sobre que el sujeto por excelencia es el individual: justamente el psicoanálisis muestra que el individuo está dividido en sus pertenencias sociales). Esta naturaleza es histórico-social y está mediada por el lenguaje matizado por la mencionada crisis constitutiva de la socialización del sujeto, condenado al desajuste respecto de las determinaciones, y justamente por eso bajo la férula del deseo. Si tal vacilación definitiva se reconstituye en la situación emotiva del saber en la clínica (la “transferencia” que vincula al analista y al analizante en una compulsión de repetición de las experiencias fundacionales de una biografía del sujeto), es discutible que pueda ser reducida a la terna del “tratamiento”, a saber, analista, analizante y lenguaje. El psicoanálisis no podría ser “aplicado” fuera del espacio analítico, que la ideología *psi* confina a la clínica. Lo que define el interés del saber freudiano es la *extensión*, es decir, la tensión hacia un exterior, que configura paradójicamente el interior de la transferencia y la interpretación. En otras palabras, la clínica y la sociedad instituyen una relación de reciprocidad, o reversibilidad. El psicoanálisis no es una ciencia “pequeño-burguesa”, sino el saber del sujeto en la sociedad burguesa. Por lo tanto, no hay un territorio clínico propiamente psicoanalítico. El saber freudiano se constituye en la travesía de la transferencia clínica y la ideología traccionada por el carácter social del sujeto.

Es imposible avanzar en una discusión detallada de las nociones psicoanalíticas útiles para una investigación sobre la forja de identificaciones populares en el peronismo. En adelante abordaré el concepto de *imago*, que refiere a un anudamiento de representaciones, conscientes e inconscientes, configuradoras de matrices simbólicas de co-constitución del yo y del nosotros (de allí su relevancia para la construcción de la idea de “pueblo”). Una *imago* presta consistencia a una diversidad de experiencias, ori-

² Me permito remitir a: Acha, Omar *Freud y el problema de la historia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007; “Historia y psicoanálisis en Sigmund Freud”, en *Epistemología e Historia de la Ciencia*, v. 6, n° 6, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, 2000; “Ciencias sociales y psicoanálisis: algunas dificultades en la articulación”, en *Acheronta. Revista de Psicoanálisis y Cultura*, n° 18, 2003; “‘Cette chose que je déteste’: Lacan y la historia”, en *Litorales. Revista de Teoría y Método en Geografía y otras Ciencias Sociales*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, n° 4, agosto de 2004; “La historia intelectual y el psicoanálisis, más allá del Edipo”, en *Frenia. Revista de historia de la psiquiatría*, volumen 5, Salamanca, 2005; “Historia y psicoanálisis: cavilaciones sobre un diálogo venidero”, en *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, n° 3, setiembre-octubre de 2006.



ginariamente infantiles, ordenándolas en figuras emocionalmente cautivantes para el porvenir subjetivo. Se trata de una trama imaginaria, esto es, que aspira a la univocidad y la permanencia, que tracciona un conjunto de implicancias simbólicas (es decir, de significaciones social e históricamente articuladas, con efectos básicamente inconscientes de imposición de modelos para el yo y de instancias de crítica del yo). Toda *imago* es una sutura imposible de fracturas irreparables en las que el sujeto está destinado a circular, en la búsqueda del afecto y el goce.

Retorno al peronismo: el sexo de la representación

La primera aproximación de la investigación sobre el primer peronismo en la que se basó mi experiencia fue conducida con una inicial intención freudiana, que en una traducción a la batería de métodos de la historia social diseñó un estudio de las prácticas del amor (síntesis fenomenológica del afecto y el goce que sostiene a toda *imago* identificatoria) en la Argentina de mediados del siglo XX. El examen de las estrategias de elección de pareja, las formas del matrimonio, las sociabilidades barriales (en Chacarita y Villa Crespo, por entonces dos barrios populares), los discursos sobre el amor y la sexualidad, los conflictos en torno a la institución familiar, aspiraba a relevar las experiencias de inscripción subjetiva donde anclara la experiencia vertiginosa del lustro que siguió al golpe de estado del 4 de junio de 1943, plasmación del período de aparición, consolidación, y construcción de una primera mitología popular del peronismo. Entre el ingreso de Perón a las representaciones públicas con su intervención mediática a propósito del terremoto de la ciudad de San Juan en enero de 1944 y la reforma de la Constitución de 1949, las dinámicas identificatorias deberían articularse con la experiencia concreta de la vida familiar, donde se aprendía a amar y a odiar.³ Este esquema buscaba neutralizar los usos “culturalistas” del psicoanálisis, preferentemente ligados al análisis literario, o más recientemente, los empleos “discursivos” de la superficial teoría laclauiana del populismo.⁴

³ Algunos resultados preliminares en Acha, Omar “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, n° 174, julio-setiembre 2004; “Amorales, patoteros, chongos y pitucos. La homosexualidad masculina durante el primer peronismo (Buenos Aires, 1943-1955)”, en *Trabajos y Comunicaciones*, 2ª época, n° 30/31, Universidad Nacional de La Plata-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2006 (en colaboración con Pablo Ben); “Cartas de amor en la Argentina peronista: construcciones epistolares del sí mismo, del sentimiento y del lazo político populista”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, n° 8, 2008, disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/document12272.html>; “Migración interna y formación de parejas en Buenos Aires en los años del primer peronismo: una perspectiva de historia social sobre una zona popular”, en *Anuario IEHS*, en prensa.

⁴ Kraniauskas, John “Eva-Peronismo, literatura, estado”, en *Revista de Crítica Cultural*, n° 24, 2002; Biglieri, Paula y Perelló, Gloria *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo*

Las *imago* familiaristas fueron constitutivas de los discursos y prácticas del peronismo. Circularon como parches sobre realidades irreductibles a tales representaciones, irreductibles a “imaginarios” culturalistas o estrategias estatales de manipulación. Perón como “padre eterno”, y Evita como la “madre” de los niños y los descamisados, proveen de un objeto muy atrayente para la transferencia de identificaciones imaginarias.

El proyecto inicial fracasó. Fue imposible establecer un lazo entre las representaciones de las experiencias familiares y los términos fundamentales de la hegemonía peronista. Las estructuras familiares eran demasiado caóticas y los hábitos sexuales se hallaban en estado de crispada fluencia, para predisponer a un entendimiento “sociológico” que privilegiara una explicación edipizante. Por ejemplo, una que planteara que con la constitución de las familias nucleares y la conflictividad que su tipo específico de “normalización” implicó, se crearon las condiciones para la difusión, entre las clases populares, de una autoridad paterna comprensible, tanto en el plano de la familia singular, como de la autoridad mayor de Perón. No es que esa pre-condición para la audibilidad del lenguaje de Perón pudiera ser escindida de las reformas sociales del peronismo. En cambio, sí permitía dar cuenta de la presencia del vocabulario familiarista mucho más allá del ámbito familiar. Esta hipótesis se dirigía contra la idea básica de Gino Germani sobre la anomia cultural de la nueva migración interna en el ámbito urbano como pre-condición de la incorporación político-ideológica peronista. A las dificultades tradicionales de todo trabajo histórico respecto a la validez de los testimonios orales, la polisemia de las imágenes y la mediación de las fuentes escritas, se sumó la irreductibilidad del nuevo lenguaje establecido con el peronismo. Había una emergencia discursiva novedosa que reconfiguraba subjetividades experimentadas como un nuevo sentido de la realidad, es decir, operaba retroactivamente, peronizando un acervo histórico precedente. Era aquel lenguaje el que abría la novedad histórica.

Según proponía la historia social, las representaciones familiaristas debían ser comprendidas en la continuidad de procesos de gradual reestructuración hacia la familia nuclear. En ese curso, la transformación del capitalismo refractaba en las diversas ideologías. Sucedió que desde el catolicismo al peronismo, pasando por las izquierdas, se demandó una normalización bajo el modelo de la pareja heterosexual con hijos, la mujer en la casa y el varón con un salario capaz de sostener al grupo. Pero en la pregunta psicoanalítica, el interés no descansa en la presunta eficacia de esa formación familiar en coagulación, sino, por el contrario, en su carácter imaginario, modélico pero por eso en relación conflictiva con las realidades familiares, bien distante de las esperanzas sociologizantes en la normalización subjetiva. El uso de la terminología freudiana produce resultados magros si se limita a empotrar

kirchnerista, San Martín, Universidad Nacional de General San Martín, 2007.



algunos rasgos decisivos de la discursividad peronista en una esquemática predefinida. He allí el límite de los enfoques psicoanalíticos sobre los efectos subjetivos del peronismo, distintos entre sí, ensayados por Marie Langer en los años 1950, y por León Rozitchner en los años 1970-1980.⁵

La limitación de una aproximación sociologizante es particularmente enérgica cuando se trata de pensar la vertiente patriarcalista que el psicoanálisis revela en crisis. En esa cuestión esencial es donde Lacan aparece como un relevo parcial (o alternativo) al problema del padre en Freud. Es cierto que en sus textos “históricos” Freud insistió en la sustituibilidad *del* padre antes que en la sustitución *de* un padre concreto. El propio Lacan lo reconoció como el tema central en la obra freudiana. Con todo, es preciso señalar que el concepto de padre en Freud no es apto para prestar inteligibilidad al “padre” del tema peronista. En esta investigación, es fundamental seguir la diversidad de su enunciación lacaniana cuando para designar la cuestión desde el punto de vista del padre emplea el término de Nombre-del-padre y cuando lo hace para esclarecer esta posición desde el punto de vista de los sujetos que se identifican distingue entre el padre simbólico (la figura que representa la normatividad social), el imaginario (el padre nombrado como tal en la vida cotidiana) y el real (el padre absoluto e imposible que se apropia de la madre).

La inteligencia lacaniana proporciona preguntas que son articulables con la asociación de Perón-padre con la paternidad de la época, pero van más allá de la delimitación familiarista del deseo y de la pulsión de muerte. ¿Acaso el Estado no es también un “padre” cuando impone su regulación? ¿No era un “padre” el sistema de los significantes apropiados por el peronismo? Las preguntas historiográficas se dirigían a la formación consciente e inconsciente que se irguió como maquinaria, es cierto que compleja y heterogénea, pero de todos modos constitutiva de identidades políticas en las generaciones posteriores a 1943. Durante la primera década peronista la dificultad estaba situada en los sectores populares y más concretamente en la clase obrera que disponían de una socialización compleja *antes* del peronismo.

El nacimiento ideológico del estado en el archivo de representaciones populares es la novedad política más importante de la década peronista. Antes del peronismo la representación consciente del estado entre las clases subalternas se limitaba a una enumeración empírica de

componentes (el policía, el edificio de la municipalidad, el cobrador de impuestos, la escuela, etcétera). Con el peronismo se transformó en un conjunto cualitativo. Se hizo abstracción. Antes de 1945, entre los sectores populares, la idea orgánica de estado no existía. La abstracción cualitativa se sitúa en otro registro que el de la representación consciente. El estado devino una *imago* en la asociación entre Perón y el estado. La institución fue una entidad ideológicamente reflexiva, esto es, que se instituía psíquicamente como habilitante de una demanda hacia el estado en términos de derecho. El co-nacimiento del peronismo y de la *imago* estatal hacía posible que desde una identidad peronista se cuestionara empíricamente a un estado real en beneficio de un estado simbólico (esto es, de un estado-con-Perón). La noción de una introducción externa de la autoridad no parece aquí totalmente aplicable. Lo peculiar era que la identificación con Perón producía una sujeción compleja. En Althusser y Laclau la identificación puede ser cuestionada porque está habitada de una falla (una dislocación) en el núcleo de lo “imaginario”. La peronización supuso una colonización subjetiva, pero también la habilitación de una reflexividad que producía problemas para la aspiración de una “comunidad organizada” sin insubordinaciones.

En efecto, la identidad peronista, y debe ser puntualizado que en psicoanálisis la identidad es el precipitado de una multiplicidad de identificaciones temporalmente dinámicas, se caracterizó por la diversidad de sus pliegues. El significante dominante “Perón” se cruzaba con la intervención estatal, con el aguinaldo, y la profusión imaginaria multiplicada por Eva Perón. La heteronomía que de allí resultaba no era extraña al goce peronista, es decir, a la expectativa de una realidad sin fisuras, completamente peronizada, y por ende, socialmente preedípica (y potencialmente plus-peronista, como quiso verlo John William Cooke). Fue el peronismo el que se reinstuyó la determinación subjetiva en el filo de la diferencia sexual. Las figuras de la identificación de Juan y Eva Perón inauguraban una política del deseo (consciente e inconsciente) que prevalecería hasta la muerte de aquél en 1974. Hacer el amor en la Argentina peronista era una práctica muy otra de las prevalecientes en la historia anterior, no sólo porque, como efectivamente sucedió, hacia 1945 el mundo erótico era muy diferente al de 1910, sino porque la sexualidad estaba “contaminada” por la realidad peronista (los y las “cabecitas negra”, el cuestionamiento de la deferencia, el impulso al ascenso social, las escisiones ideológicas, las reverberaciones eróticas de los cuerpos y saberes deseados de los líderes del nuevo movimiento político).

En Lacan el goce es inconsciente porque es una experiencia mítica. Jamás hubo algo así como el amor absoluto. Mas su existencia mítica no elimina la eficacia de su presencia. Por el contrario, es la que la torna imaginable en la opacidad del deseo. También el goce se peronizó

⁵ Langer, Marie *Maternidad y sexo. Estudio psicoanalítico y psicósomático*, Buenos Aires, Paidós, 1983, actualizada (1ª ed. 1951); *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis*, Buenos Aires, Nova, 1957; Rozitchner, León *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.



cuando los sitios de identificación en el marco de la heterosexualidad compulsiva se anudaron a Eva y Juan Perón. Este componente sexual inconsciente de lo social en la era peronista fue su cemento más eficaz, y una de las claves de su perduración en cuanto permitió la representación de la autoridad estatal. En psicoanálisis, el deseo expresa una región preconsciente del goce, define una ausencia, proveniente de un origen desconocido, resultante de una pérdida primitiva. La fórmula peronista de esa lógica del deseo social fue la redención del “pueblo”, antes mancillado y explotado por la oligarquía. En esa zona el peronismo se hace más asible porque la documentación es abundante.

El goce peronista era la *identificación radical*, pero subordinada, con Perón y Evita, que sólo era rescindible con la muerte. “La vida por Perón”, “Perón o muerte”, fueron los significantes de la imposibilidad de las multitudes peronistas para resignar parcialmente su fidelidad. Si el peronismo así entendido era inasimilable para la democracia liberal es porque ese goce no admitía la alternancia presidencial con la Unión Cívica Radical o una coalición opositora. Ese goce mezclaba el interés del estado y el del Partido Peronista. Es cierto, sin embargo, que el mismo peronismo aplicaba los fueros del principio de realidad: nunca abolió las formalidades republicanas, convocó regularmente a elecciones, elaboró un estatuto para el Partido Peronista. Por otra parte, la unidad absoluta del pueblo con su líder era tensionada cuando las cuentas de la balanza de pagos comenzaron a preocupar al gobierno identificado con la justicia social, cuando se impulsó el aumento de la productividad obrera, cuando se favoreció el ingreso de capitales extranjeros, cuando se negoció la explotación norteamericana del petróleo. Ese goce evidenció que no era inexpugnable, que desde esa interioridad del bloque de amor peronista surgía una fisura. La dureza del goce, no obstante, logró resistir esos embates, revelando su fundamento inconsciente.

El psicoanálisis es el saber que delata la desnudez del rey; es un saber subversivo respecto a todo discurso-del-amo que se constituye en la eficacia inmarcesible de su palabra (como Perón y la “doctrina peronista”), pues es su reverso, es decir, es un saber que sabe de la vertebración ficcional de todo lazo social. Por eso la fórmula laciana sobre que “no hay otro del otro”, es decir, en rigor la autoridad de una identificación se autoinstituye imaginariamente y puede derrumbarse, es decisiva. Sus consecuencias técnicas (sobre el lugar del analista, sobre el fin del análisis) o sobre el tratamiento de la psicosis no son menos relevantes que las inferidas al entendimiento de lo político. Para el caso peronista, la “estupidez” de Perón (su aspiración al liderato, a la elaboración de la doctrina, a la fundación de la “Nueva Argentina”) era consonante con su condición de amo de la política, que quiso pensar como

el conductor de la “Revolución”. Se trata de la circularidad egológica de un individuo no psicótico. Es la condición del amo en la política llamada populista. Perón creía en el mito de ser la encarnación inmediata del significante “Perón” (S1). En verdad él encarnaba el significante en su relación a otros significantes (S2): “CGT”, “dignidad”, “justicia social”, “Evita”. ¿Quién sino un amo convierte en institución la peronización lingüística de ciudades, puentes, provincias y parques? Esto sería un detalle pintoresco si no se hubiera derivado de un lenguaje peronizado ampliamente compartido. Los simpatizantes peronistas eran los promotores más entusiastas de denominar “Perón” a la nueva provincia de La Pampa o al gasoducto de Comodoro Rivadavia. ¿Esto significa que se tratara de mera heteronomía o manipulación? Justamente el enfoque laciano advierte contra la reducción de los procesos ideológicos al modelo de la identificación esquematizada por Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). El individuo Juan Perón estaba preso entre su nombre y las representaciones que se asociaban en la dialéctica ideológica de su época (S1 → S2: la edificación de un sistema simbólico a partir de la institución de una figura dominante con tendencia a la totalización). Juan Perón fue, él también, un sujeto del *discurso peronista*. ¿Tenía una posición diferencial? Él no era una peronista “cualequiera”, aunque pudiera y debiera hablar de “nosotros, los peronistas”. En el peronismo existía una distinción básica entre Perón y las masas peronistas (a la que pertenecían con sus singularidades Eva Perón y la “segunda línea”). La denominación de “masa” es estrictamente freudiana: es la multiplicidad de sujetos que se identifican a un sujeto común. La peculiaridad de Perón residió en su duplicidad: como cuerpo soporte de un significante privilegiado y como significante de lo social.⁶

También las masas peronistas estaban situadas entre S1 y S2. Pero su posición en el intervalo era distinta. Para aquellas las promesas de la justicia social y la liberación nacional eran un sentido común instaurado en 1943-1945, y realizado entre 1946-1949, es decir, con el Primer Plan Quinquenal, la nacionalización de los ferrocarriles, y la reforma constitucional. Esas novedades estatales se mezclaban con la aparición de Evita como donante de favores, y la transformación del peronismo institucionalizado que significó la creación al año siguiente del Partido Peronista Femenino. Tanto desde la “ciudadanía social” como desde la condición de “humildes descamisados”, las clases populares exigían a Perón y al estado peronista en términos de derecho. La justicia social no era sólo una donación personal de Juan y Eva Perón, sino una obligación del estado. En esas condiciones, en las que se articulaba el

⁶ Sigal, Silvia y Verón, Eliseo *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1986; también De Ípola, Emilio *Ideología y discurso populista*, México, Folios, 1983.



lenguaje peronista y el estado como *imago* sostén de un derecho social, fue que se constituyó la hegemonía peronista. En esta representación había una circularidad: el estado fue creado y reconocido al mismo tiempo con la intermediación del significante-amo “Perón”. Esa circularidad se resuelve cronológicamente en dos momentos: uno es el 17 de octubre de 1945, escena primaria del amor recíproco entre las masas peronistas y el líder (como toda *escena originaria*, fue ella misma y estuvo luego sometida a diversas interpretaciones retroactivas), el otro fue la victoria electoral de febrero de 1946.

El peronismo no se hizo hegemónico por la redistribución del ingreso, por la reconstitución cultural de la identidad de la clase obrera, por el fomento de un antiimperialismo antinorteamericano. Todo esto fue, desde luego, decisivo en la disputa con la Unión Democrática y con los sectores de izquierda. Sin embargo, la clave residió en el modo de conectar el amor por Juan y Eva Perón con un *mito nacional*. En la constitución del peronismo hubo una reescritura de la historia. La pregunta es por qué el mito social se anudó a los mitos individuales, por qué pudo ser vivida con la intensidad de la experiencia particular de cada sujeto interpelado por el discurso peronista.

Una vez instituido el orden ideológico-emocional peronista, una vez instaurado su lenguaje, su imperio se mantenía sólo como práctica repetida. Con razón se investigó los rituales peronistas que se dirigían a las masas. También se destacaron las operaciones de propaganda que con mayor o menor éxito se llevaron adelante. Pero quedó en la penumbra el proceso que hizo posible la recepción del discurso peronista, que condicionó su éxito. La pregunta es: ¿cuándo el discurso peronista se tornó inconsciente? En lacaniano, esto equivale a preguntar: ¿cuándo adoptó la estructura de un lenguaje? ¿Hubo un “peronismo originario”, una emergencia de lo social desnudo, antes de la reorganización de los discursos que definió su configuración histórica? ¿Fue acaso ese vacilar en los ojos proletarios que en la expectativa recíproca de su amor por Perón y del despido probable se lanzaron a las calles en el amanecer del 17 de octubre? ¿Ese peronismo identificado por la oposición política era ya el Peronismo como tinglado que, apuntalado en el significante “Perón”, contenía una diversidad de sujetos ligados por el triángulo fundamental: amor, nación, justicia social?

En la teoría histórica freudiana, este nacimiento incierto sería comprendido como una transmisión de representaciones arcaicas (Perón como padre, Evita como madre-prostituta, Perón vs. Braden) que se reorganizan en una nueva escena. ¿Qué sería activo de la teología política monárquica? ¿Cuáles serían las conexiones con la imagen de la virgen en el cristianismo? En la bibliografía sobre el peronismo no escasean las comparaciones o ensambles con lejanos antecedentes. El entendimiento lacaniano

desconfiaría de enlaces con referencias muy distantes. El enigma no es lo arcaico-cronológico, sino lo arcaico-estructural. Lo histórico historicista persigue en el devenir del tiempo la causación de los acontecimientos que conforman el objeto de investigación. En Lacan, lo histórico antihistoricista interpreta un evento en su anudamiento de lo simbólico, lo imaginario y lo real para leer en su densidad la reescritura de la historia que se realiza a partir de ello.

El hecho histórico en Lacan comparte la certidumbre metodológica de que es preciso investigar las cualidades formales, las relaciones entre los términos de un evento, antes que intentar derivarlos de un devenir. De acuerdo a este entendimiento, la historia como proceso de cambios más o menos continuos pierde su evidencia. Lacan piensa en grandes rupturas lógico-subjetivas y en transformaciones combinatorias. Los cataclismos históricos no son numerosos. Poco importa determinar cuáles eran exactamente los que reconocía Lacan más allá del advenimiento del cristianismo, la modernidad cartesiana o la declinación contemporánea de la *imago* paterna. Es más problemático enunciar los criterios de distinción que se resolvían en transformaciones menos radicales, que en su lógica se restringían a una sustitución de los agentes en las posiciones preestablecidas. En el seminario sobre *El reverso del psicoanálisis* Lacan presentaba su esquema de los cuatro discursos (amo, histórica, universidad, analista), en los que sus lugares (agente, otro, producción, verdad) determinaban la diferencia entre los discursos según el ordenamiento de un simple cuarto de giro. En otras palabras, sostenía que el universo de constitución subjetiva que gobierna los distintos discursos son formas que mediatizan toda intervención subjetiva. La diferencia histórica puede ser leída como las maneras en que los sujetos se relacionan con los otros en los registros simbólico, imaginario y real, según formas discursivas predefinidas.

¿Cuál sería el discurso del amo en el peronismo clásico? El agente es el doble cuerpo de Perón, el del significante-amo y el del cuerpo material deseado (u odiado). El otro es la “masa peronista” como instancia de legitimación y la “oligarquía” como oposición inasimilable. La producción está ocupada por la nación, por el proyecto de una argentina potencia mundial. La verdad es la división insuperable de la sociedad argentina ante el populismo. El discurso universitario peronista fue muy magro. La “doctrina peronista”, la Escuela Superior Peronista, la Universidad de Buenos Aires dirigida por Hernán Benítez, poco podían contribuir a una legitimación que no se decidía en el texto. El discurso del histórico (“no sé si te deseo”) no fue, como bramaba la oposición, el de Eva Perón, sino el de la izquierda simpatizante del peronismo. El estudio de la cárcel política que significó el peronismo para una izquierda que hizo de él el camino imaginario a la revo-



lución provee un ejemplo excelente del populismo como “casa del ser” que establece la moldura de toda enunciación política.

Los cuatros discursos enumerados por Lacan no son los únicos posibles, al menos a partir de una lectura de sus propios textos, donde es sencillo mostrar las comunicaciones y los desplazamientos. De hecho Lacan presentó un quinto “discurso capitalista”. El concepto es que no existe una “libertad” del sujeto para proferir cualquier enunciado dirigido a un otro. La tarea de una investigación histórica consiste en establecer los términos de la mediación del vínculo entre sujetos. En ello no es posible ser radicalmente historicistas. El peronismo no es contemporáneo de sí mismo sino en lo que constituye la trama de lo simbólico y lo imaginario que encuadra la acción de los sujetos, y que fracasa en la incompletitud de la identificación.

Consideraciones finales

El gran problema de la interlocución entre la investigación en ciencias sociales y el psicoanálisis no consiste en la dificultad de operacionalizar la teoría en la realización del “trabajo de campo” o “de archivo”, sino en las matrices disciplinarias consolidadas que defienden sus logros. Las fuentes de información para un trabajo profundo son innumerables. Memorias, revistas y diarios de circulación popular, obras literarias y cinematográficas, cartas per-

sonales y escritos de diversa naturaleza, materiales para la historia social y económica como actas matrimoniales y de nacimiento, y desde luego aún debe añadirse la entrevista oral. En todos los casos, es posible transitar la complicada madeja que une y escinde al individuo de sus conexiones sociales, detectando en esas derivas las variaciones emocionales y sexuales que tramitan el vínculo con los otros. Al revisar tales variaciones, desde Freud se interrelacionan íntimamente lo consciente (o reflexivo) y lo inconsciente (lo naturalizado, lo colectivo, lo pasional). El efecto más general de esta mirada sobre el peronismo consiste en resituar la matriz interpretativa más adecuada al pensamiento histórico/social dominante: el evolucionismo democratista que lo comprende como una etapa de integración social y política de las clases populares. La torsión lacaniana del freudismo inscribe la interpretación en la determinación de un nuevo discurso, forma social de constitución de subjetividades que anula la aspiración de introducirla en una senda del progreso (sólo para simplificar aquí se evadieron otras inspiraciones, como la importante discusión de Melanie Klein en torno al período pre-edípico, cuestionador del énfasis sobre el padre en Freud y en Lacan). Para acceder a ese diálogo disciplinar es preciso subvertir sus barreras. Mas tal meta implica tareas más amplias: redefinir la estructura misma del saber de lo social, que no dejará incólumes los prejuicios teóricos de las ciencias sociales y del psicoanálisis.

Recibido: 31/05/2009

Aceptado: 20/08/2009